

COMO TOMO ANTON DE ALAMINOS

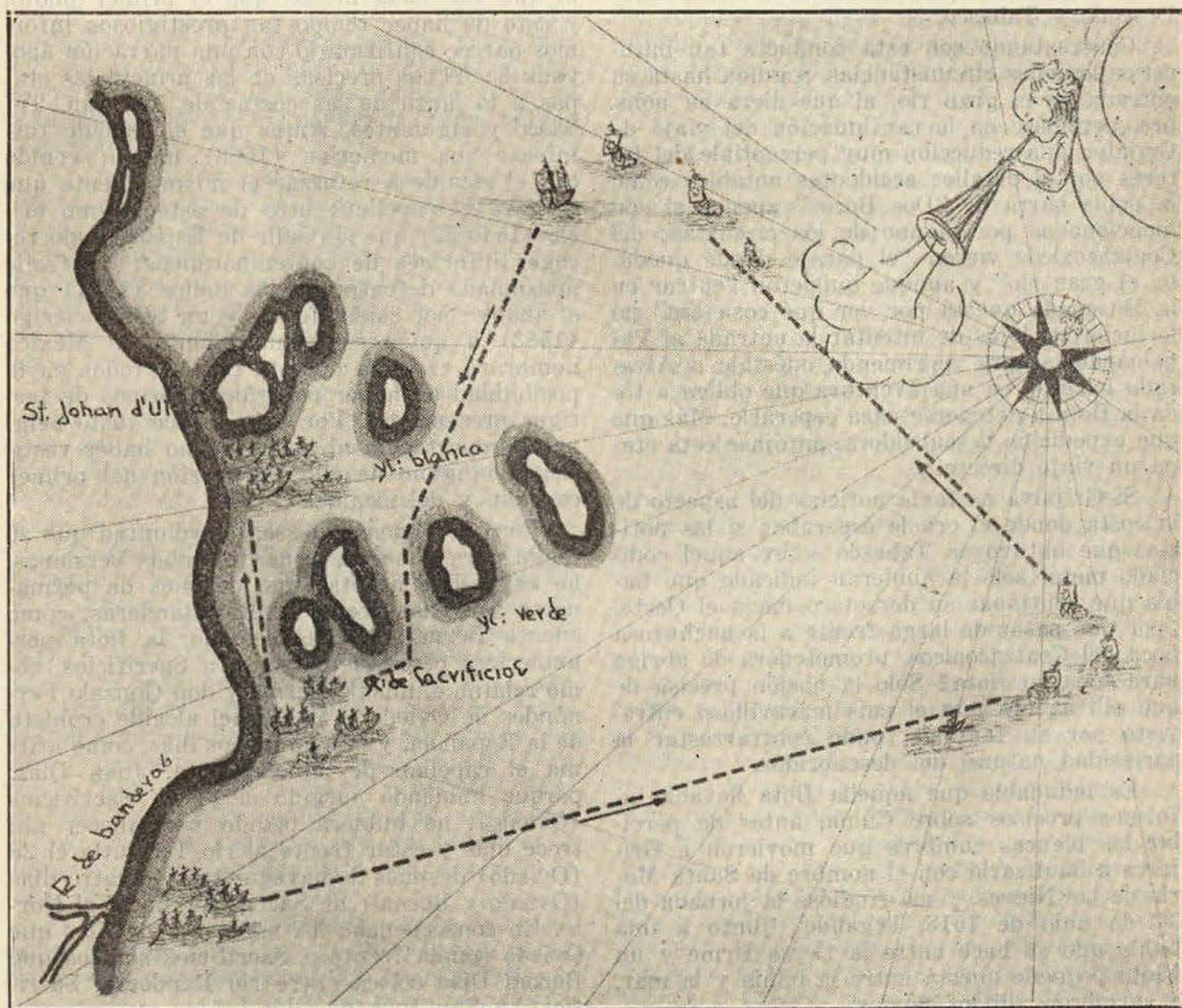
EL FONDEADERO DE ULUA

Por el Ing. ENRIQUE FREMONT.

Si alguna ilusión hija de una ansia delirante, sin apoyo en una realidad tangible ha visto surgir de la nada su ensueño realizado; si el azar, primero, la intuición, después, y la investigación más adelante han llevado alguna vez al hombre hasta encontrar materializando el objeto de su delirio, ha sido, sin duda,

oro tan sólo por las telas de algodón, los edificios de calicanto y unos cuantos reflejos de aquel metal vistos en una tierra cuyas entrañas nunca lo albergaron, ¿no son, en el viaje de Fernández de Córdova el azar y la intuición?

En el próximo paso la exploración iba a



en el descubrimiento de este país maravilloso del Anáhuac.

Salir en modesta demanda de islas en qué cazar pusilánimes indios lucayos para aumentar el número de esclavos y dar con otros que inflingen una derrota en cada desembarque; volver a la isla Fernandina con el espejismo inconsistente de haber descubierto un país del

ensanchar el conocimiento en cada singladura, y los cuatro navíos de Grijalva desfilaban el 1º de mayo de 1518 en demanda de la mentida isla de Santa María de los Remedios.

El alma aventurera de los descubridores flota en un ambiente de aguda curiosidad muy explicable, y en los navegantes del siglo XVI manifestábase por una tendencia a escudriñar

todos los rincones de la costa, que venían surgiendo ante sus ojos ávidos de lo desconocido: Fernández de Córdoba no vacila ni ante la escasa profundidad de las playas monótonas de Yucatán y con sus bateles penetra en ensenadas fangosas, como la de Campeche, y en estuarios insignificantes, como el de Champotón, arriesgando sus quillas en la amplitud de unas mareas equinocciales sólo ahí observadas "desde Labrador al Paria". Grijalva no le va en zaga en esto, cuando desciende a lo largo de la costa oriental de la Península no conocida por Hernández de Córdoba, hasta la bahía de la Ascensión y cuando, desandada esta costa y recorrida la Norte y la Occidental hasta Champotón, descubiertas por su antecesor, comenzaron a desfilar las tierras nuevas de Puerto Deseado y Tabasco.

Contrastando con esta conducta tan natural en aquellas circunstancias, seguida hasta su entrada en el gran río, al que diera su nombre, percíbese en la continuación del viaje de Grijalva una reducción muy perceptible del interés por el detalle: accidentes notables como la doble barra de "Dos Bocas" apenas si son mencionadas por alguno de los cronistas; del Coatzacoalcos vieron "el paraje donde quedaba el gran río" y aunque quisieron "entrar en la Ensenada questá por ver qué cosa era" no lo hicieron; lejos de intentar la entrada al Papaloapan, severa reprimenda cuéstate a Alvarado hacerlo, en una aventura que obliga a toda la flota a detenerse para esperarlo. Más que una expedición descubridora, antójjase esta etapa un viaje directo.

Si Grijalva no tenía noticias del aspecto de la costa donde el oro le esperaba; si las noticias que obtuvo en Tabasco sobre aquel codiciado metal sólo le hubieran indicado que había que continuar su derrotero hacia el Oeste, ¿por qué pasar de largo frente a la anchurosa boca del Coatzacoalcos, prometedora de abrigo para toda su flota? Sólo la noción precisa de que allí no era aún el país maravilloso entrevisto por su fantasía, pudo contrarrestar la curiosidad natural del descubridor.

Es indudable que aquella flota llevaba informes precisos sobre Culúa, antes de percibir las blancas cumbres que movieron a Grijalva a bautizarla con el nombre de Santa María de las Nieves, y así rindióse la jornada del 17 de unio de 1518, llegando "junto a una bahía que se hace entre la tierra firme y un islote pequeño questá entre la bahía y la mar, e surgieron allí los navíos".

No es fácil poner de acuerdo las relaciones de los dos únicos tetigos presenciales, un capellán y un soldado, que han legado sus recuerdos a la posteridad, con respecto a la permanencia y lugares precisos del primer desembarco en Veracruz. Afirma el capellán que llegaron directamente a fondear al abrigo de Sacrificios y después desembarcaron en tierra firme, dedicándose allí a cambiar avalorios por

tejos de oro, para seguir después su viaje hacia el Noroeste; quiere el soldado, por su parte, que el primer desembarco en aquellas playas haya sido junto el río de Banderas (Boca del Río), donde, después de "rescatar" seis días fueron a ponerse los navíos al abrigo de Sacrificios, para pasar después al de Ulúa, en cuyos sitios permanecieron otros siete.

Confirma la primera versión antes de que surgiera el opositor, un cronista alcaide de las fortificaciones de la isla Española (1535), que sin ser testigo presencial goza la fama, porque así lo declaró en su libro, de haber tenido a la vista informes de Grijalva y quizás del propio Antón de Alaminos, suprema autoridad en cualquiera contienda sobre esta navegación en la que fué nada menos que el primer piloto, y esto de haber tenido tan prestigiosos informes parece confirmarlo con una narración apoyada en fechas precisas de las principales etapas a lo largo de las costas de Yucatán, Tabasco y siguientes. Antes que el soldado terminase sus memorias (1568) habían venido con el alcaide a reforzar el mismo frente que iniciara el capellán: otro de este mismo oficio (1540-52) que sin salir de España pudo recoger informes de contemporáneos; un fraile apasionado defensor de los indios (1551) que sí anduvo por estas tierras y un tercer clérigo (1563) a quien el Ayuntamiento de México nombrara cronista de esta ciudad, todos en la posibilidad de haber recogido informes de testigos presenciales. Por esto parece justo asignarle importancia al hecho de no haber rectificado ninguno de ellos la versión del primer capellán y del alcaide.

Pero por buena que sea la voluntad que se tenga para poner de acuerdo ambas versiones, no es posible aceptar que después de permanecer seis días frente al Río Banderas, como cuenta Bernal Díaz, el soldado, la flota permaneciera otros siete frente a Sacrificios, como relatan el mismo Bernal y don Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdez, el alcaide cronista de la Española, y mucho menos diez, como afirma el capellán de aquella flota, Juan Díaz, porque habiendo surgido el 17 en Sacrificios (Oviedo), no hubiera podido permanecer ahí trece días y estar frente al río Tecolutla el 28 (Oviedo) después de navegar tres o cuatro días (Oviedo y Bernal) de Sacrificios hacia el Norte. En consecuencia, los mismos siete días que Oviedo señala frente a Sacrificios son los que Bernal Díaz coloca entre río Banderas, Sacrificios y San Juan de Ulúa.

Oviedo tuvo a la vista, indudablemente, la relación del capellán Juan Díaz al escribir este pasaje, porque copia de él casi textualmente la descripción de la primera visita a la Isla de Sacrificios; pero (y es esto precisamente lo que inviste a Oviedo de mayor prestigio) tan pronto como termina esta descripción se le ve diferir en varios puntos del resto de la relación del capellán. Al número de días de perma-

nencia de la flota en estos lugares fijado por éste en diez, Oviedo le señala siete, describiendo día por día las operaciones comerciales efectuadas. Sólo se concibe esta diferencia suponiendo en su poder informes de otros testigos presenciales más dignos de crédito. En cambio omite decir al lugar donde sentaron sus reales los descubridores, dato que otros expresan claramente.

En efecto tanto Bernal Díaz como el capellán Juan Díaz y Cervantes de Salazar están de acuerdo en que el punto de la costa en que se instalaron los expedicionarios fué junto a un río que el primero dice claramente haber sido el de Banderas y el capellán Juan Díaz "un río muy principal", calificativo poco justificado para el Tenoya, arroyo con desembocadura próxima a Ulúa, que es el más pequeño de esa costa. En cambio, el de "río pequeño" que le asigna Cervantes de Salazar sí puede aplicarse al de Banderas, porque lo es en comparación de otros grandes ríos que habían descubierto.

Si Oviedo y con él Las Casas y Cervantes de Salazar afirman que desde sus naves diariamente iban a tierra firme a "rescatar", no es forzoso entender que esto haya sido en el punto de la costa situada exactamente enfrente de la Isla de Sacrificios, aun cuando ellos aseguren que la escuadra estaba surta entre esta isla y tierra.

No obstante la relación en forma de diario que tanto realza el relato de Oviedo y que pudiera darle la razón en cuanto a fechas se refiere, fuerza es convenir en que la profusión de detalles que suministra Bernal Díaz con respecto a fondeaderos y puntos de desembarco, producen una impresión de realidad difícilmente rechazable, máxime cuando dentro de la concisión de los otros cronistas sobre estos puntos podría hacerse caber los detalles de Bernal Díaz. Oviedo y el capellán Juan Díaz no hablan más que de un lugar de desembarco; pero difieren en su localización. Para Oviedo fué frente a Sacrificios, cuando menos eso parece desprenderse de su relato, para el capellán "junto a un río muy principal". Bernal Díaz coincide con ambos porque cuenta que estuvo primero junto al río de Banderas y después frente a aquella isla; pero él añade un lugar más: habla de Ulúa.

Es explicable que Oviedo no entrara en detalles; en otro pasaje de su libro revela no tener una noción precisa de los lugares, dejando entrever que para él todo era el puerto de San Juan de Ulúa, desde río de Banderas hasta el de La Antigua; difícilmente podría, en consecuencia, percibir la diferencia que existe entre decir que desembarcaron frente a Sacrificios y decir que desembarcaron junto al río de Banderas; pero Bernal Díaz, no solamente conocedor de las localidades, sino testigo presencial, distingue perfectamente los tres lugares, se refiere expresamente al que en cada

caso ocuparon fondeados los navíos y describe para cada lugar de desembarco los trabajos para establecer las chozas y albergues provisionales sobre los médanos.

El único vestigio existente en la relación de Oviedo que puede establecer cierta coincidencia con la de Bernal Díaz está en un párrafo del primero que relata un intento de desembarco, aunque si decir en qué lugar, frustrado por el oleaje, en la mañana del día 17, con el fin de ver lo que querían ciertos indios que en la costa llamábanlos con banderas blancas. Por otra parte, como si hubiera querido Bernal Díaz marcar el contraste entre el buen tiempo que reinaba cuando se hizo el desembarco en río de Banderas, y el malo que corría durante el intento frustrado que relata Oviedo, aunque para nada menciona Bernal dicho intento, dice: "en aquella sazón quiso Dios que hazia bonanca En aquella costa lo cual pocas veces suele acaEcer".

No deja de ser también digno de llamar la atención el hecho de que tanto uno como otro, no obstante la marcada contradicción que existe entre ambos, coloquen la arribada a Sacrificios en la tarde del mismo día en que alzó vela la flota, después de estar desde el amanecer frente a un lugar de la costa donde se les había hecho señales con banderas; pero existen aún otras coincidencias que son suficientes para dejar entrever la posibilidad de que ambos cronistas refiéranse a un mismo momento: primero, el desembarco en Sacrificios al día siguiente, con semejanza en los detalles de la visita a la isla y, segunda, la presencia del viento Norte deducible de las dos relaciones; en la de Oviedo por el oleaje peligroso, frustrando el desembarque, que sólo el "norte" suele producir, y, en la de Bernal Díaz, porque únicamente con la presencia de este viento puede explicarse la forma en que, según él, vino la flota a tomar el fondeadero de Sacrificios: "nos mandó embarcar" (estaban frente a Boca del Río, a menos de cinco millas al S. E. de Sacrificios) "y corriendo la costa adelante vimos una ysleta que bañaba la mar y tenía la arena blanca y estava al parescer obra de tres leguas de tierra e posimosle nombre Ysla blanca y ansí está en las cartas del marear, y no muy lejos desta Ysla blanca vimos otra ysleta que tenía muchos árboles verdes y estará de la costa quatro leguas e posimosle nombre ysleta Verde. E yendo mas adelante vimos otra ysleta algo mayor que las demás y estaría de tierra obra de legua E media y allí Enfrente della había buen surgidero y mandó el general que surgiésemos, y Echados los bateles... allí hallamos sacrificados aquella noche cinco yndios y pusimos nombre a esta ysleta, ysleta de Sacrificios y ansí está en las cartas de marear".

El pescador que hoy día al recoger sus redes frente a Boca del Río (entonces de Banderas) dirígese al puerto, o el pailebot que pro-

cedente del Sureste busca el abrigo de los bajos, distinguen desde allí la poblada arboleda que corona la isla de Sacrificios destacándose claramente sobre el sorizonte marino. Ninguna otra cosa descuella sobre el mar aparte de la línea de médanos de la tierra firme; si acaso, la isla Verde, que en un plano más distante levanta por encima del horizonte los abanicos de sus cocoteros; por tanto, cuando el viejo soldado dice en esta relación "vimos", quiere decir seguramente "pasamos cerca de", pues, cuando menos Sacrificios, debe haber sido visto forzosamente por los descubridores desde antes de abandonar las proximidades de Boca del Río.

Para quien tuviera ante sus ojos este panorama antes de zarpar, natural sería, en su ansia descubridora, navegar directamente hacia la isla más próxima; ¿para qué entonces ir a pasar primero junto a la más lejana? Sólo la presencia de vientos del Norte o del Noroeste en cuya dirección demora Sacrificios, pudo haber obligado a la flota a avanzar de "vuelta y vuelta", alejándose primero de la costa en dirección NE. o ENE., hasta ganar barlovento al grupo de bajos cuyo vértice hacia afuera forma el arrecife hoy llamado "Anegada de Adentro", "derribar" después volviendo hacia ellos en peligroso reconocimiento, entrar por el canal comprendido entre la Anegada y La Blanca; pasar frente a Isla Verde y ganar el fondeadero de Sacrificios. El simple deseo de reconocer estos arrecifes no explica una trayectoria que vientos del Este hubieran facilitado grandemente; pero si éstos hubieran sido los de aquel momento, nada hubiera impedido a la flota navegar paralelamente a la costa y pasar primero junto a Sacrificios que tan notablemente se ofrecía en primer término a la curiosidad de los navegantes.

La ingenua satisfacción con que vanagloriase el autor del relato, al insistir varias veces en que los nombres asignados entonces a las islas se habían conservado "en las cartas del marear", hasta la fecha en que escribía, habría sido mucho mayor ahora, si pudiera contemplar los mismos nombres, en las que usan los navegantes cuatrocientos años después; pero si le hubiera sido doble presenciar durante estos cuatrocientos años con qué frecuencia siguiéronse, antes de aproximarse a esta playa, las mismas etapas que las pequeñas naves de Juan de Grijalva, su satisfacción no hubiera tenido límites. El fondeadero de Sacrificios fué durante todo la época del Veracruz pavoroso y más especialmente antes de que se generalizara la propulsión por vapor, el refugio obligado de las embarcaciones a quienes el "norte" sorprendía a sotavento del puerto; restablecido el buen tiempo y entablada la brisa, el fondeadero de Ulúa se ganaba fácilmente. Así, la flota descubridora, en aquella arribada que vino a ser clásica, resumió en sus etapas y demás circunstancias, el

símbolo de las navegaciones futuras, ya que el cronista termina diciendo: "...luego el Capitán mandó que los navíos alzacen anclas y diesen velas y fuésemos a surgir enfrente de otra ysleta que estaría obra de media legua de tierra y esta ysleta es donde agora está el puerto de la bera-cruz obra de media legua de tierra".

Y continúa Bernal: "...y hecho esto fuimos a la ysleta con el general treynta soldados... y hallamos una casa de adoratorios... y tenían sacrificados aquel día dos muchachos... y el capitán preguntó al yndio franco... que truximos del rrio de vanderas que por que hazian aquello... y respondió... que los de culua los mandaban sacrificar y como hera torpe de lengua dezia ulua. ulua y como ntro capitán estava presente y se llamaba joan y hera por san ju^o de junio, posimos por nombre aquella ysleta san joan de ulua y este puerto es agora muy nombrado".

Poco explicable es que el capellán Juan Díaz haya pasado por alto el desembarco en Ulúa si, como asegura Bernal, había allí también adoratorio e indios sacrificados, porque tratándose de un detalle religioso, natural hubiera sido que atrajera especialmente su atención de clérigo, como la atrajo el de Sacrificios, al grado de conducirlo a hacer de ese adoratorio la más detallada de las descripciones que figuran en su relación.

Tampoco es muy aceptable que, como dice Bernal, la flota hubiera permanecido cinco o seis días fondeada fuera de todo abrigo cuando tan cerca se ostentaba el de Sacrificios, cualesquiera que hubiera sido los vientos que soplaban; pero más especialmente dentro de la presencia del Norte, así sea veraniego, que reinaba el día que fondearon junto a Sacrificios. Lo natural, lo indicado en aquellas circunstancias para cualquier marino, hubiera sido acogerse al abrigo que aquella isla le brindaba a menos de cinco millas, dado que la permanencia frente al río de Banderas no tenía objeto, cuando menos en aquel día, por la imposibilidad del desembarco creada por el oleaje del Norte.

Lo único retractable que quedaría en la relación de Bernal Díaz viene a ser la fecha de la arribada a Sacrificios pues no sería aceptable rechazar la estadía al abrigo de Ulúa, que él consigna, tan solo fundándose en el silencio de los otros cronistas sobre este punto, máxime cuando este movimiento está completamente indicado dentro de la tendencia muy natural de ir mejorando su fondeadero desde el punto de vista de la distancia a tierra.

En resumen la narración podría quedar así. El día 17 de junio de 1518, la flota fondeó frente Boca del Río al percibir que de tierra se le hacían señales con banderas. Se intentó un desembarco sin poder realizarlo por el fuerte oleaje del Norte. La flota levó anclas y dando bordadas hasta quedar a barlovento de los ba-

